

**CARTAS DE AMOR Y ZOZOBRA DE  
DON LOPE DE SUBIXANA. EL VASCO  
TAMBIEN LLAMADO EL CABALLERO LOCO**

## INTRODUCCION

Cuando Patricia, mi esposa, me llevo a conocer Potosí, la Villa Imperial donde se hallaba la casa de sus antepasados y que a duras penas mantenía en pie su bisabuela Emiliana (no había manera, a pesar de su estado decrepito, de hacerle abandonar aquella inhabitable casa, donde guardaba, sus más íntimos recuerdos de infancia) me encontré con un complejo de edificios transformado y dividido sucesivamente en varias casas que, acogían a otras tantas familias, todas emparentadas entre si, pero donde, todavía, se reconocían las huellas de un antiguo ingenio azoguero, con su casa principal, las de los obreros y las instalaciones auxiliares, en torno a un patio, donde se llevaba a cabo la fundición del mineral del Cerro Rico, para obtener la codiciada plata.

Hasta que nos conocimos, ni Patricia ni su familia tenían conciencia de su ascendencia vasca. Cuando me enteré de sus cuatro apellidos vascos en aquel pequeño y bello cuerpo de india mestiza, quede desconcertado. Efectivamente su familia arrancaba con la llegada de uno de aquellos emigrantes vascos de inicios del siglo XVI que, llegaron a la colonia, con el ánimo de comerciar y que, ante la escasa presencia de mujeres blancas acabaron por mezclarse con las nativas quechuas, dando nacimiento a una nueva y preciosa raza mestiza. Sus apellidos figuran entre los que inicialmente formaron la Cofradía de la Virgen de Aranzazu, una institución religiosa, creada por los vascos en varios lugares del imperio americano, que servía de cobertura, tanto como mecanismo de apoyo mutuo, como de agrupación para defender los intereses económicos y políticos de la minoría vasca. Porque los vascos, siempre estuvieron entre las familias y clanes que mandaron en ciudades como Potosí y Oruro, lo que les llevo a continuas peleas con el resto de los nacionales peninsulares por el control de las minas, los negocios derivados de la plata y el gobierno de la ciudad.

Por circunstancias de la vida que ahora no vienen al caso, Patricia se había criado con su abuela, quien a través del quechua, le regaló un mundo de cuentos, leyendas, medicina y culto a los espíritus, cuyos orígenes se perdían en la memoria hablada de los tiempos incaicos. Cuando yo miraba a la abuela Mama Eme, como la llamábamos, veía la imagen de una india en el sentido más clásico de mi cultura infantil de películas de vaqueros. Pero Patricia me dijo que bajo aquel curioso bombín y tras aquellas trenzas y polleras coloridas, se encontraba un cuerpo tan blanco como la leche. Mama Eme era una india blanca dijo Patricia... una india vasca, precise yo.

Desde tiempo inmemorial, Mama Eme guardaba en aquella casa, varios baúles con ropa de sus antepasados perfectamente cuidadas y conservadas, así como vajillas y objetos de plata, candelabros, algún crucifijo, abalorios y otros objetos elaborados, según ella, en la propia fundición familiar, junto con algunos antiguos libros de oraciones, entremezclados con otros no tan religiosos o de una religiosidad tradicional y popular que, trataban de espiritismo, magia y recetarios de saumerios para todo tipo de cuestiones.

Al poco de llegar a aquella casa, Patricia le pidió a la abuela que me mostrara aquellos baúles, y ella, orgullosa de su contenido, así lo hizo.

Fueron apareciendo uno tras otro vestidos, sobre todo de mujer, que la abuela iba identificando como pertenecientes a alguna de las primeras damas de la familia y que habían ido pasando de generación en generación, para ser lucidos cuando se trataba de conmemorar algunas fechas señaladas, como fiestas religiosas, matrimonios y nacimientos. Tras los vestidos me mostró las vajillas elaboradas por expertos artesanos plateros, algunas imágenes religiosas y también algunos pequeños y extraños ídolos quechua de una primitiva expresión religiosa, entre los que destacaba El Supay, el diabólico señor de las profundidades, al que los mineros llaman El Tío.

Mencione a la abuela mi interés por un viejo baúl español de viaje, cubierto de años de polvo, arrinconado y apartado de los demás, al que no había hecho mención y en cuyo frente mostraba los restos de un escudo o blasón, ya muy desdibujado, en el que solo alcancé a adivinar la figura de unos lobos.

...¡Ah!... *ese es el Don Lope...* dijo la abuela un poco despectivamente... *¿y quien era don Lope?* – pregunté – *No se... decían que era un antepasado nuestro... el baúl siempre ha estado en ese rincón...yo nunca lo he abierto...*

A la abuela le sonaba haber oído a sus mayores decir, que un tal Don Lope de Subixana, hijo menor del entonces señor de la casa, con fama de pendenciero, buscavidas y un poco loco, se había casado con una Garnica antepasada suya, a la que hizo una hija y a las que tuvo que abandonar, a cuenta de la muerte de un capitán vicuña con el que tuvo una disputa sobre quien valía más sobre la tierra, si un vasco o un extremeño. Amparado por sus connacionales de la Cofradía de Aránzazu, tomó el camino de Oruro disfrazado de mulero, con una reata que llevaba plata contrabandeada hacia el Río de La Plata. Pero el muerto era persona de familia relevante en la corte virreinal, y el corregidor inició su persecución dando con el en Oruro, desde donde consiguió escapar hacia la población fronteriza de Tarija. Dado que tampoco en esta ciudad pudo estabilizarse, pues la larga mano de la justicia no le dejó parar, acabó por adentrarse en el peligroso y salvaje territorio chiriguano, con una mesnada de aventureros españoles y lusos que, pretendían llegar al Atlántico, donde con las riquezas ganadas en la expedición, armarían un navío para retornar a la península. Nunca más se supo nada de él, hasta que un mulero procedente del territorio de Paraná, llegó a la casa de Potosí con aquel baúl, enviado desde Curitiba, según el, por una anciana que le había pagado generosamente por el transporte, pero de la que el mulero no pudo dar referencias, pues en su opinión ya se cuidó bien la señora de no ofrecerlas.

Una vez abierto el baúl con no poco esfuerzo, nos encontramos con algunos antiguos vestidos de hombre apolillados, que casi se deshacían en nuestras manos... una espada, una daga y una cota de malla herrumbrosas, un portafolio encuadernado en piel de vicuña con papeles desordenados, entre los que se encontraba, lo que parecía ser una especie de dossier para la probanza de la limpieza de sangre, mezclados en un caos total con listas de cuentas, documentos de pago y algunas cartas notariales que remitían a propiedades en la villa alavesa de Subijana. Por último encontramos un pergamino con un desdibujado escudo heráldico, donde lo único que se adivinaba era, otra vez, el perfil de unos lobos.

Oculto y protegido cuidadosamente entre las ropas, había un rollo sujeto con una cinta rosa bastante estropeado. Lo desenrollé con sumo cuidado y me encontré con cinco cartas de amor del referido Don Lope a una tal Doña Brígida, señora de armas tomar, que al parecer gobernaba por aquellos tiempos, una plaza fuerte en el Paraná brasileño. Le pedí a la abuela si podía consultar todo aquello y me dijo que me lo regalaba. Colgamos sobre la cota de malla la espada y la daga cruzadas, en una pared de nuestra casa de Tarija y me traje todos aquellos pergaminos para España, con el ánimo de zambullirme en ellos cuando tuviera tiempo y ganas.

Las cartas resultaban por varios motivos sorprendentes, a veces incoherentes y otras por su moderno lenguaje y manera de afrontar los temas, a más de uno se le antojarían falsas. Consulte sobre este extremo a un amigo, profesor de química de la Universidad del País Vasco, quien tomando un pequeño trozo de uno de los pergaminos, se lo llevo para hacer no se que pruebas, a fin de datar su antigüedad. A la semana recibí su llamada telefónica, diciéndome que, aquel papel debía tener más de trescientos años. Así que aquellas cartas, sin duda originales, habían estado durmiendo en aquel baúl durante siglos, sin que nadie las hubiera tocado.

Un antepasado de Patricia, un tal Don Lope de Subixana, perdido en el túnel del tiempo, las había escrito, a una desconocida Doña Brígida, Señora de Curitiba, de la que, por más vueltas que he dado (incluso desplazándome a la biblioteca y archivo histórico de Curitiba) no he conseguido sacar ningún dato. Según se deduce de su contenido y a pesar de su evidente carácter rudo y belicoso, parece ser que el referido Don Lope, se moría de amor y nostalgia en la profundidad de la selva amazónica con el recuerdo de su amada. Estas son sus cartas. Las he transcrito conservando en lo posible su antigua estructura de viejo castellano trufado de modismos americanos, pero adaptando algunas formas y términos, a un lenguaje más actual para facilitar su comprensión. Espero que los profesionales de la filología, me perdonen estas licencias literarias.

Alberto Lopez

Tarija a primero de marzo de 2011

## CARTA PRIMERA

*De nuestra mayor consideración y respeto.*

*Señora y Dueña Mía:*

*Debo comenzar esta epístola, lamentando que, las circunstancias y embates de la vida, nos hayan llevado a situarnos en campos opuestos y contendientes, hasta tener que acabar por sitiar vuestra plaza y faceros la guerra.*

*Recuerde Señora mía que, cuando llegue con mis mesnadas y levante mi campamento ante vuestra cerca, en mi primera y única visita a esa, como embajador de mi Señor Don Gracián, que Dios guarde, ya os hice saber, de la ociosidad de tener que llegar a aquestos extremos tan embarazosos, y más desde el momento en que, tuve el placer de conoceros, pues quede tan prendado de vuestra gracia, distinción y belleza que, me habéis desordenado el paisaje y no me encuentro ni a mí mismo. A decir verdad, me traéis a mal vivir, pues he perdido el apetito, duermo poco y mal y me abstengo de catar mujer alguna, sea castellana, india o mestiza. Y mirad que yo he sido macho fogoso, pero mi Señora Doña Brígida, mi amor por vos es tal, que ni me se levanta el miembro. Mala cosa para mi espíritu, dice mi galeno, y más en tiempos como los que corren, apuntan mis alféreces, pues congeniar amor y guerra en aquestas coyunturas, resulta tarea poco menos que falaz, sino imposible.*

*Vaya por delante en cualquier caso, nuestro mayor reconocimiento a tan valerosa determinación y arrojo del que daís muestra, al no cedernos la litigada plaza, sin antes dar batalla. Pero mire Vuesa Merced, que no esta el horno para bollos, ensaimadas ni pastelitos, que estos negocios que nos ocupan, son cosa seria y que como dijo el famoso caballero Amadís de Gaula, la guerra es la guerra y vale todo... o casi todo. Así que debéis saber que, en mi campo no tenemos por costumbre facer prisioneros, por lo que en nombre de nuestro santo patrón Santiago Matamoros, declino toda responsabilidad (bien sabe Dios que muy a mi pesar) sobre lo que mis aguerridas huestes pudieran facer cuando la fortaleza caiga definitivamente en las nosas manos, con vuestras, primas, tías y demás doñas, sin reparar en sí*

*están bien casadas y bendecidas por el santo vínculo del matrimonio o solo arrimadas, sean rameras o monjas, hayan yacido y probado home o resulten jóvenes e incautas doncellas, desconocedoras de los juegos de cama .*

*He podido comprobar en la misiva que Vuesa Merced ha tenido a bien, facer llegar a mi campamento, la gran competencia y refinamiento de vuestros servicios de secretaria y escribanía, de los que su Señoría dispone en su corte y que enrojecen los carrillos al pobre fraile dominico que fácame de secretario. Habéis pues de disculpar mi forma epistolar, pues tanto yo como mis gentes, somos homes rudos, forjados en la milicia y en la guerra, asín que en asuntos de escritura y poesía, no estamos para muchos trotes y lindezas. Pero mi limitado y torpe lenguaje Señora, no empece para nada el gran amor que os profeso y para el que no hay murallas ni letras que lo amilanen.*

*Y volviendo a los asuntos guerreros de andar por casa, debo en primer lugar, mostrar mi aceptación, bien es que solo parcial, a las condiciones demasiado ambiciosas que exponéis en vuestra misiva para la rendición, pues no creemos que os encontréis, precisamente, en situación de poder sostenellas. Sin embargo, quiero ofreceros, sin menoscabo alguno para vos, de los fondos de mi tesorería, que resultaren precisos para una digna capitulación, para lo que dispongo de amplia carta de crédito otorgada por mi Señor Don Gracián, que Dios guarde, y que algunos indios salvajes del norte inventaron hace unos años, apodándolo en su primitiva jerga, con los nombres de Visa, Master Card, American Express y otros aún más inauditos y enrevesados.*

*Pero habéis también de saber Doña Brígida, que a Nos, no complacen algunos de los extremos contenidos en la precitada misiva de rendición, así que, con el deseo de desfacer entuertos e interpretaciones ladinas, queremos dejaros algunas cosas claras.*

*Para empezar os recordamos ilustre dama, que a queste territorio del país de los brasíles, que algunos llaman Paraná y del que os auto designáis encomendera, sin que nadie que no fuera vos, otorgara nunca ese derecho, pertenece a mi Señor Don Gracián, que Dios guarde, por encomienda otorgada en la ciudad de Cuzco por el Virrey del Pirú, a quien en tiempos pretéritos arrebataron unos bellacos y malandrines piratas holandeses, aliados con algunos judaizantes renegados lusos. Recuerde Vuesa Merced, que la sangre bárbara que corre por vuestras venas, y que vuestros bellos ojos verdes y dorados cabellos delatan, son*

*mezcla impura de caballeros herejes, que Dios confunda, venidos de los reinos de los Países Bajos y la Germania, por lo que vuestra estirpe, ningún derecho ancestral ni histórico han tenido ni tiene sobre estas tierras y sobre esa fortaleza, que en vuestra jerga lusa mal falada, denomináis con el nombre tupí de Curitíba.*

*Es por todo eso que, os emplazamos mediante esta epístola, por última y postrera vez, a que nos cedáis sin mas dilaciones y condiciones, todas vuestras armas y estandartes, así como los bellos dones y encantos con que la naturaleza y el buen Dios os ha agraciado y colmado, si no queréis que entrando a sangre y fuego, los hagamos nuestros, tomándolos por la fuerza.*

*Os conminamos pues, a que dando muestra de vuestra sumisión resignada, salgáis mañana, a la hora de El Angelus, por la puerta norte de la cerca, acompañada de vuestros cortesanos y fuerza armada, para que Nos y mis caballeros, os recibamos como corresponde a vuestra dignidad... aunque ¡ojo Doña Brígida! ... debéis venir, vos y los vuestros, ataviados con los hábitos conventuales de la humildad y el estigma del perdón de la cruz de ceniza en la frente. Haciéndolo así, sabremos ser magnánimos y premiaros generosamente, como corresponde a un noble caballero vasco, capitán al servicio de mi Señor Don Gracián, que Dios guarde.*

*Nos confiamos en vuestro buen juicio, para que sepáis reconsiderar lo obstinado de vuestra postura, que no puede llevar a otra cosa que, al sufrimiento y a la desgracia de vuestra ilustre familia y de los que mal llamáis vuestros súbditos.*

*Recibir de Nos la máxima consideración, que hacemos extensiva a vuestra anciana Madre Donha Urraca y a vuestras agraciadas hermanas Lucrecia, Sabina, Herminia y Ramona.*

*Dios guarde a Vuesa Merced, a mi Señor y al Rey muchos años.*

*Rubricado frente a los muros de Curitíba, en el campamento castellano, el siete de Diciembre del año del Señor de... por*

*Vuestro amante perpetuo, fiel servidor y siempre leal enemigo*

*Don Lope de Subixana. El Vasco.  
También llamado El Caballero Loco*

## CARTA SEGUNDA

*De nuestra mayor consideración y respeto*

*¡Ay Señora y Donña mía!*

*No sabéis a fe cierta, el disgusto y desasosiego que al corazón de Nos agita.*

*Después de una noche de vigilia sin poder pegar ojo por vuestro desdén, hoy levantéme con el alba y cuando en mi campamento pasaba revista a las huestes que, bajo mi mando os asedian, recibí de mi Señor el Conde Don Gracián, que Dios guarde, un envío con el mensaje para que le consiguiera un antiguo libro de caballería, que mi buen Señor, que Dios guarde, parece que quiere regalar a una dama de la que parece haberse encaprichado. Así de evanescentes son los sentimientos de los nobles de cuna, Donña Brígida.*

*Pues bien, recibida la orden présteme de inmediato a cumplirla, para lo que prepare mi jamelgo y mis armas y acompañado de Ordoño mi escudero y cuatro homes armados más, por si tenía un mal encuentro, con alguna de vuestras traicioneras partidas que infestan los bosques próximos, partí rápido y veloz como una centella, al cumplimiento del encargo.*

*Acudí para ello a un burgo, a dos días de camino, donde sabía de la existencia de un mercader hebreo, ducho en libros, pergaminos y escritos antiguos, para que me asesorara convenientemente. Pronto mostróme un grueso ejemplar, bellamente iluminado con múltiples grabados que para sí hubiera querido el famoso Beato de Liébana. El libro trataba a la sazón de un pobre caballero de triste figura como la mía, y que como yo sufría de desamores por su dama, por lo que echóse a los caminos a desfacer entuertos y proteger a los pobres y débiles como dictan las nobles leyes de la caballería que, siguen los grandes paladines con Amadís de Gaula a la cabeza.*

*El hebreo, fiel a la usura que caracteriza a su raza, pidióme por el ejemplar, una cantidad de maravedies tan desorbitada, que yo con alharacas y muestras de falso despecho rechacé. Pero en el tira y afloja que caracteriza a todo negocio mercantil, y en el que invertí no menos de dos horas largas, rebajóme veinticinco maravedies, con lo que llegamos al acuerdo y cerramos el trato*



*con un apretón de manos. Y así con el libro en las alforjas, retorné de nuevo con mi guardia a lomos de mi fiel jamelgo, al puesto de mando de mis mesnadas, para seguir vigilante vuestro cerco, a la vez que mandaba a mi Señor Don Gracián, que Dios guarde, el susodicho libro con un recadero.*

*Nos en aquellos momentos, sentimos la pequeñez de nuestra figura frente a la de mi gran Señor, que Dios guarde, pues mientras el juega al amor, como si de los bolos o naipes se tratara, yo sufro de amores por vos, dejando en ello jirones de mi dolida y pesada armadura. Pero claro esta, que no todos nacemos iguales ante Dios, ni ante los hombres, pues mientras unos, como mi Señor Don Gracián, que Dios guarde, nacen con estrella, otros, como yo, lo hacemos estrellados y tenemos que ganarnos el condumio con las armas, para poder llegar, como mucho, a capitán después de una larga vida de sacrificio, estrecheces, heridas y fatigas. Y crea Vuesa Merced que el sueldo de capitán es más bien magro, pues mi Señor Don Gracián, que Dios guarde, es generoso otorgando medallas, honores y estandartes, pero más bien parco cuando se trata de maravedies y no digamos de onzas delpreciado metal. Así que, más de una vez he tenido que, someterme a la vergüenza de llevar mis armas a algún usurero para, dejándolas en prenda, poder así recaudar unas pocas monedas con las que curar mis heridas, o saciar dignamente mi hambre, que se ha tornado tan vieja, como mi raída cota de mallá. Así de ingrato es el oficio y el servicio de las armas mi Señora Doña Brígida.*

*Y aquí sigo al frente de mis huestes, en este cerco a vuestra plaza, cuyo mantenimiento tanto me mortifica. Pero la guerra excelencia, es la guerra, y además su Señoría aunque en verdad no es infiel, como los energúmenos que siguen a la media luna y a los que combatí a muerte por tierras del Oriente, sí que es hereje y seguidora del infausto Lutero por lo que no reconoce a la única y verdadera Santa Iglesia Católica de Roma y a su Santo Padre, el Papa, al que Dios ilumine en su infalibilidad y guarde muchos años.*

*Y como bien digo, vos que según dicen las malas lenguas sois hugonote, tenéis la osadía de autotitularos evangélica, cuando los únicos verdaderos y Santos Evangelios son los de nuestra Santa Madre la Iglesia de Roma*

*De ahí el desazón de mi corazón al saberse enamorado de una hereje, a la que ama y combate con el mismo ardor, y a la que*

*no puede conseguir, por la tozudez que os caracteriza como hembra y mulher que al fin y a la postre soís.*

*Y así una y otra vez, os negáis a entregarnos vuestros encantos, cuando de buena tinta me consta, que no soís mocita y que antes otros os cataron. Por eso me duele que ante Nos, a pesar de nuestra dignidad, os las deís de remilgada, negándonos el fruto que a otros, con menos valor y meritos, les fue antes otorgado para saciar su lascivo placer. Y no argumentéis, como me soléis hacer en vuestras misivas, que en ello hay pecado, porque de amor mi Señora, de eso no se peca. Si acaso se peque de desamor. Porque precisamente de amor mi Donha, murió por todos nosotros nuestro Divino Redentor Jesucristo, y de amor moriré así mismo yo, si vos no acabáis consintiendo a mis deseos y querencias.*

*Mire Vuesa Merced que, en la vida todas las cosas se acaban y la paciencia de los homes cosa es tambien y no os caba menor dūda, Donha Brígida, que este caballero es muy home.*

*Y voy acabando esta mi epístola, mi respetada, amada y valerosa enemiga.*

*En esta tierra salvaje, de indios tupís, guaraní y brasíles, todos ellos igual de infieles, cuyas lenguas y jergas extrañas Dios confunda, y en donde vos no soís si no una advenediza, os conmino por última vez ante Dios Nuestro Señor, para que rindáis la plaza a mi Señor don Gracián, que Dios guarde, su único y legítimo dueño, porque de no ser así, arrasare a esa a sangre y fuego sin que me temblare la mano, porque yo, Don Lope de Subixana, El Vasco, también llamado por mi furia ciega, El Caballo Loco, soy como el río Paraná que fecunda estas tierras, que sin detener su marcha, besa la playa y se va. He dicho.*

*Dios guarde a Vuesa Merced.*

*Rubricado frente a los muros de Curitiba, en el campamento castellano, el 6 de Enero festividad de los Reyes Magos del Oriente del año del Señor de ... por*

*Vuestro amante perpetuo, fiel servidor y leal enemigo*

*Don Lope*

## CARTA TERCERA

*De nuestra mayor consideración y respeto*

*Muy Señora y Dueña mía:*

*Resulta que, un mensajero adelantado ha sido enviado por mi Señor Don Gracián, que Dios guarde, para ponerme en advertencia de que se haya en camino y que, a la buena marcha de doce leguas diarias, ha llegado ya a la villa de San Pablo, esperando cumplir el resto del trayecto según lo previsto, si Dios Nuestro Señor lo permite, y no sufre retraso por algún contratiempo, como las lluvias desbocadas que de tanto en tanto se dan por aquí o el ataque traicionero de los salvajes que, pueblan aquestas tierras.*

*Mire Vuesa Merced que, ya quedan menos jornadas para el advenimiento de las fechas en que, los cristianos de bien conmemoramos el nacimiento de nuestro señor Jesús y son momentos de reconciliación y amor, y de no hacer guerras ni fechorías.*

*Aunque paréceme, que esto no empece para que vos sigáis en las mismas y os atrevéis a ofrecerme un tregua de un día. ¡Gallardía no os falta a fe mía! Aunque mas que gallardía, descaro habría que llamar a tamaño despropósito, cuando Nos somos los cercadores y Vos Donha Brígida y vuestros súbditos los cercados.*

*Ya me he percatado, ya, de que su Señoría es hembra lianta y enredadora. Que no deja escapar ocasión para dar falsas esperanzas y retirarlas después. Que emplea las músicas según corran los vientos, y un día viene con dulce contradanza y otro con samba y tambores. O sea que no sigáis por ese camino Donha Brígida, que os veo venir, que tanto en las artes del amor como de la guerra soy perro viejo y me las se todas.*

*Sorprende a Nos que Vuesa Merced se sienta ofendida y presionada por nuestra suplica amorosa en la que os ofrecía como caballero galán la elección de la postura mas cómoda para nuestro intercambio carnal... ¿Pero porque esa ofensa Donha?... ¿Dónde hayáis tal presión? Al enamorado Señora no le cabe otra opción que insistir y ofrecerse con toda su alma, pero tambien con*

*su cuerpo, pues en los homes no cabe el amor sin lo uno y sin lo otro. Con mí oferta sólo soy previsor...¿Qué otra cosa puedo hacer sí no consentís?*

*LOPE EL VASCO*

## CARTA CUARTA

*De nuestra mayor consideración y respeto*

*¡Ay mi señora... esto no aguanta mas!*

*Acaba de llegar un mensajero a mi campamento comunicándome que Dios mediante el día cuarto del mes de diciembre de Nuestro Señor, festividad de San Juan Damasceno desembarca en la bahía de Paranaguá mi Señor Don Gracián, que Dios guarde, acompañado de altos dignatarios de la corte Virreinal, para tomar posesión como encomendero de aquestas tierras y de la fortaleza que Vuesa Merced se empeña obstinadamente en no entregar.*

*¿Qué diré yo a mi Señor, que Dios guarde, cuando me vea todavía a las puertas de esta plaza, sin haber conseguido vuestra capitulación? Mucho me temo que no sepa sujetar su endiablado genio y lo vuelque contra Nos empalándome para ejemplo y escarnio de los otros capitanes... ¿Os imagináis mi Señora?... Yo empalado por mis partes, con los cojones al aire y cruzado hasta el gazonate por un garrote?*

*Ya no os lo exijo, ahora hincado en tierra os lo imploro... ¡Rendíos por Dios!... ¡Rendíos carajo ¡...Mirad que va en ello mi vida y mi dignidad como home. Hacedlo por mi honor que esta pendiendo de un hilo como la espada del griego Damocles... ¿Que más os da a Vuesa Merced, fortaleza más que fortaleza menos, cuando de tantas disponéis en estas perdidas tierras de samba y desfile?... Marchar a vuestro castillo de Foz, al de Santa Catarina o al llamado de Porto Alegre, donde dicen que siempre hay fiesta y baile y abandonad este, que es el menos valioso de vuestras muchas posesiones.*

*Llevad a los vuestros y salir en paz que si falta hiciere yo mismo os serviré de apoyo, intendencia y escolta... ¡Pero rendíos redíos ¡... y no seáis tan tozuda y cabezona... ¿Que más os da polvo más que polvo menos?... En la carrera de una mujer tan dotada como vos para las cosas del amor, uno más ni se nota. No permitáis la indignidad de ver mi testa coronada con la cornamenta propia de un gran alce... ¿Que más os da Donha Brígida?...*

*Aunque solo sea un ratito para salvar mi honra y poder presumir de home hecho y derecho ante los demás alféreces y capitanes... Mirad que si no me enfado y entro a degüello y a sangre y fuego... ¡No, no, no me enfado, perdonadme, perdonadme, que no se lo que me digo de lo obnubilado y azorado que me encuentro... Pero es que me veo empalado y tiemblo... ¿No os doy ni siquiera pena?... ¿No os mueve la caridad cristiana de la que tanto hacéis gala?*

*Lo haré como vos deseéis... Yo arriba, vos abajo, vos abajo yo arriba, por delante o por detrás, de pie o sentados, de costadillo o la remanguillé o como sea de vuestro gusto, deseo o agrado. Pero por favor echadme un polvo. Os lo imploro. Tender por Dios la mano a este pobre caballero, que ya no sabe por donde tirar en su amoroso desconcierto.*

*¡Auxilio señora... auxilio es lo que os demando! ...Y folladme como deseéis, pero por Dios folladme, que va en ello mi vida.*

*DON LOPE EL VASCO  
TAMBIEN LLAMADO EL CABALLO LOCO*

*Posdata*

*Olvidaros del degüello de la sangre y del fuego. Tachadlo, tachadlo todo de mis anteriores epístolas. Mi ardor guerrero no esta ahora para esos menesteres.*

## CARTA QUINTA

*De nuestra mayor consideración y respeto*

*Muy Señora y Donña mía:*

*Notara vuestra excelencia, un cierto tono de acritud y despecho en mis palabras de aquesta epístola, pero mi Donña, hay motivos para ello y vos bien sabéis cuales son, aunque seguramente una vez más, os hagáis la distraída.*

*Llegó por fin, como no se os oculta, mi amo y Señor Don Gracián, que Dios confunda y ante mi fracaso en la toma de vuestra plaza, en su falsa condescendencia, ni empalóme ni cortóme la cabeza, como era de temer, pero sí que, en cuanto puso pie en el campamento, me desterró sin pausa (lo que entonces ya me dio en la nariz y extrañó un poco) a uno de los confines del mundo conocido, allá por el río al que llaman Amazonas, a una aldea inmunda a la vera del río Negro, que no pasa de ser un poblacho de casuchas de palos, ramas y cañizos, a la que los salvajes yanguas dicen Manaos, aunque por su pobreza, no es merecedora ni de tener nombre. Por aquí dicen que paso también, un paisano mío de infausto recuerdo, Don Lope de Aguirre, al mando de sus soldados Marañones, dejando tras de sí, en su orgía de sangre, un reguero de dolor, sufrimiento y muerte.*

*Y aquí estoy Señora mía, lejos de toda villa o aldea civilizada, rodeado de espesa selva, hombres en cueros, animales salvajes y mosquitos. Y ete aquí que, en mi desgracia, me entero por un buhonero que mercadea con los salvajes en pieles de caimán (monstruo o dragón extraño de los infiernos, mitad reptil mitad pez que, se da por estas tierras pantanosas dejadas de la mano de Dios) proveniente de Belén do Para que, la señora de la plaza fuerte de Curitiba, rindióla sin oponer resistencia, entregándose ella misma en brazos de mi Señor Don Gracián, tan pronto este descendió de su jamelgo frente a su palacio, poniendo a sus pies, no solo su hacienda, sino también su honra.*

*Cuando el buen home lo narraba con todo lujo de detalles, a cual más hiriente para mi espíritu despechado, no daba yo crédito a mis oídos...Pero sí, sus referencias (al parecer, de dominio*

*público por aquellos lares) eran documentadas y fehacientes y tuve que rendirme ante la evidencia de vuestra traición. Supe por él que os entregasteis sin pudor a los ardores lujuriosos de la carne, sin límite alguno para con el decoro y las buenas costumbres, tradiciones y prácticas del amor, ofreciéndole en bandeja todas vuestras delicias, que a mí tan obstinadamente me negasteis. En fin que yacisteis con él fornicando sin límites, según se desprende por los gritos de placer que dabais, y que según testigos, rebalsando por encima de los límites de la cerca, llegaban hasta el tolderío del campamento, donde la soldadesca estaba tan salida que, se saltaba los parapetos. Podía Vuesa Merced haber guardado un poco más las formas y la compostura, haciendo la entrega de vuestra honra como de tapadillo (bien comprobado tengo a fe mía que, sabéis hacerlo, cuando os interesa) a la vez que, a éste, vuestro enamorado, en lugar de tirarlo como a trapo viejo, haberlo trasteado un poco como a los toros al comienzo de las corridas, con una de cal y otra de arena...pero vos no quisisteis darme ni las últimas ascuas del cariño, ni brindarme la ilusión del engaño.*

*Debo admitir que, ante mi escasa hacienda que, apenas va más allá de unas viejas armas hidalgas forjadas en la ferrería de mis predecesores de Subixana, mi Señor Don Gracián, es harto en posesiones, servidores, monturas y oro y que además tiene bien rubricada por el Virrey la encomienda, que vos tanto ansiáis tener...Y también... ¿porque callarlo?... yo ya soy garañón viejo para montar y dar gusto a una hembra todavía joven, lozana y con tanto tiro como vos, y mi Señor, bien al contrario, semental joven, bello y fuerte es... Pero mi Señora, yo os amo y él no...y algún día, con el paso de los años, comprenderéis que, en la juventud, no es oro todo lo que reluce, y que el amor de la madurez es más profundo, desinteresado y duradero, que el de los ardores juveniles, quebradizo y tornadizo per se.*

*Supe mi Dueña que en vuestro desenfreno os ayuntásteis con mi Señor Don Gracián... ¡valiente cabrón!... copulando como verdaderas bestias, por todas vuestras cavidades, clavándoos su daga (que por cierto, según las malas lenguas, dicen que la tiene escasa...lo que por otra parte en nada me consuela) por delante y por detrás, saciando vos la sed de sexo de la fuente de mi Señor, como si una ramera o furcia barata fuerais.*

*También supe que él os ofreció como presente el precioso libro de caballería que mandóme a buscar, como ya en otra epístola os anticipé... ¡oh ingenuo de mí!... y que vos le honrasteis*



con regalos, frutas, quesos, música, vino, cachaza y danza. Pero lo que más dolíome fue que, os atrevierais a presentaros ante él con ropajes de seda blanca que, apenas os llegaban a la rodilla y sugerían todo lo que ocultar aparentemente pretendían...armas de muller dicen algunos y con razón. Y por último... casi no me atrevo ni a escribirlo... que le esperasteis en una cama de rosas, con las pencas algarete, a la espera de que os cubriera.

Y yo mi Señora, día tras día, como humilde juglar del amor, escribiéndoos poesía y dulces epístolas, cayendo en un romance que a lo visto, hoy, resultáme ridículo. Así que en ocasiones yo mesmo me digo... ¡ay don Lope, que ífuso has sido!

Ahora Donña Brígida, apenas si consigo pasar por la puerta de mi humilde casucha de ramas, pues así de grande ha sido la cornamenta que de un día para otro ha pasado a coronar mi testa, hasta el punto que mis hombres, antes de mi entrada en estas tierras, pasaron a apodarme Don Lope El Alce, atributo que junto con mis penas, intento llevar con la mejor dignidad y gallardía.

Aunque dicen que la esperanza nunca se pierde, a fe mía que yo la he perdido. Enfermo como estoy y sintiendo la anticipada vejez en mis huesos, ya sólo espero que mi buen Dios acorte en lo posible mi vida, pues vida sin vos, en este desaguadero de podredumbre que es Manaos, no es vida.

Viendo mi fin próximo os mando un baúl, el mismo con que salí de mi tierra vasca y con el que llegue a este lado del mar. Contiene todas mis pertenencias...come veréis más bien pocas...mis armas, mi armadura, algunos vestidos (aquí, al andar en cueros, como los naturales, no me hacen falta) los documentos de mis negocios, mis cuentas bien cabalitas y los documentos que recopilé a lo largo de los años para mi probanza de hidalguía (que nunca llegue a presentar por escasez de medios) y por último las cartas que me enviasteis y que acompañan a esta postrera epístola. No tengo a quien dejarlo...haced con el Donña Brígida, lo que habéis hecho con mi vida...esto es, lo que os salga del conho.

Desde este lugar de destierro y a la espera de reunirme con vos en el otro mundo se despide vuestro eterno enamorado.

DON LOPE